

---

# Tragedia Electrónica

Arturo Robsy

---

**textos.info**

biblioteca digital abierta

**Texto núm. 7475**

---

**Título:** Tragedia Electrónica

**Autor:** Arturo Robsy

**Etiquetas:** Cuento

---

**Editor:** Edu Robsy

**Fecha de creación:** 13 de mayo de 2022

**Fecha de modificación:** 13 de mayo de 2022

---

**Edita textos.info**

---

**Maison Carrée**

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

---

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

# Tragedia Electrónica

(ensayo poético)

"Cuento viene de compto, del latín, computare".

FICHA 10.01.00 OBJETO CONTESTACION PREGUNTA 010  
CLAVE 01.00.

PRIORIDAD: NORMAL

LA FICHA DICE ASI (sic) LAFICHADICEASI:

PROBLEMAS REDUCIDOS:

A—A.— A AMA a B. B NO AMA a A. B AMA a C.

A O DIA a C. C O DIA

A—B.— A AMA a B. — B NO SABE NADA DE A. A SUFRE.

B—A.— A O DIA a B. B AMA a A (IMPROBABLE). B SE MATA.

B—B.— A MATA a B. B AMA a A. BODA. HIJOS (VULGAR)

C—BEXCLUIDOSTOASOMPOSIBCBALQUIOERREORREOAMATICA.

FICHA. 10.01.00. OBJETO: CONTESTACION PREGUNTA 010.

CLAVE 01.00.

PRIORIDAD: NORMAL.

LA FICHA TERMINA ASI:FIN (sic) FIN.

La respuesta era, pues, desalentadora y a nadie puede extrañarle que, al leerla, quedara hondamente decepcionado: no todos los días uno llega a la conclusión de que, ya, es imposible escribir una obra maestra, una "chef d'oeuvre", un "capolavoro", al estilo de Hamlet, la Ilíada o la Divina Comedia. Esto, quizá, es lo malo de haber nacido tan tarde y en plena sociedad del ocio: lo que merece la pena ya está dicho.

La esperanza es lo último que se pierde (a decir de ciertos optimistas), y yo acababa de hacerlo con la contestación de mi ordenador (lo que la gente llama "cerebro electrónico").

Pepe en la intimidad. Llevaba dos meses en paro forzoso: había decidido escribir una gran obra, algo que me colocase, de golpe y porrazo, en el pináculo del arte, de la poesía apenas entrevista, de las sensaciones sublimes y únicas. Eso fue dos meses antes y, desde entonces, cavilé a más y mejor sin conseguir resultados apreciables.

Había escrito, sí, mediocridades que hoy en día podrían pasar por buenas:

*A solas con tu alma la noche te conforta.  
Ese alma tan escasa de palabras,  
que duele tantas veces  
y que tantas veces escapa a la distancia...*

O bien:

*A la soledad abierta tengo el alma,  
ansiosa de decir, en esta noche,  
las pequeñas palabras de las cosas;  
de las cosas pequeñas de la vida;  
de las cosas estrechas de la historia...*

Pero versos así no bastaban a satisfacerme. Mi ordenador, Pepe, adquirido recientemente, los escuchaba pacientemente y me guiñaba con simpatía su parpadeante luz roja. Parecía comprenderme y sentir en sus relés esas angustias del parto frustrado del artista. Es posible que, también, sufriera. Sí, hasta, a lo mejor sintió tenerme que dar su última respuesta, la que he copiado más arriba.

Este ordenador, Pepe, fue mi último hallazgo, aquel que me hizo aplicar la alta electrónica a la creación, integrándome, así, al proceso productivo de nuestra época. Sin embargo no fue muy eficaz. Pepe, el ordenador, significaba una buena e inteligente compañía, pero no una ayuda: el pobrecito no tenía talento. Hay máquinas que sí lo tienen, de nacimiento, pero éste no era el caso de Pepe: él era un cerebro claro y perspicaz, de sumar dos y dos en la matemática del arte.

Así, cuando la desesperación me vencía, me apoyaba sobre su enorme superestructura y le acariciaba cariñosamente. Luego, haciendo un esfuerzo, recuperaba mi buen humor:

—Ser poeta es una broma —le decía—: ¡Mira que querer vivir de amontonar bellas palabras!

Y él, en silencio, me miraba con su rojo intermitente, y yo —icosa de la soledad!— creía percibir amistad en aquella mirada. Por eso, para consolarme, le volvía a leer mis pobres versos con los ojos perdidos en la distancia de algún ventanal:

*Noche de silencio para emborrachar palabras:  
el vino derramado; la cerveza agria,  
cuentan la historia de esta noche negra  
donde yo he emborrachado las palabras  
y únicamente escribo mi rabiosa alma...*

Luego olvidaba todo y me sumergía en tal o cual libro, o devoraba las músicas de los geniales Beethoven, Mozart, Chopin... Re, sol-fa, sol, la-si, si, la, si-do, do, si, mi... Divino Chopin para los atardeceres deshojados o para las nostalgias.

También me lanzaba a largos paseos sin rumbo: tal camino polvoriento, lleno de rodadas y de huellas de herradura. Tal playa cuando es otoño, y las algas se amontonan en la orilla del mar plumizo mientras los árboles pierden su último color. Tal jardín de principios de siglo, con parterres de cemento, veredas y rincones donde se desploma un fúnebre árbol de pisos.

Ésta es la vida del poeta cuando no desbarra agarrado a su bolígrafo. Esta es la vida del poeta cuando está solo y tiene que comerse sus propias palabras. Por eso no es extraño que entre Pepe, el ordenador, y yo se estableciese un vínculo de amistad, casi de amor, diría yo. Y a tanto llegaba mi interés por él que le hice instalar un suplemento para que pudiese contestar de viva voz.

Antes, por pura diversión, para matar el tiempo, le solía decir:  
—¿Cuántos años tienes, Pepe?

Y él, siempre por escrito, respondía así:

FICHA 01.01.01. OBJETO: CONTESTACION PREGUNTA 101  
CLAVE 01.01.  
PRIORIDAD: NORMAL.  
LA FICHA DICE ASI (sic) LAFICHADICEASI:  
A—A.—Desconozco edad de la máquina. NO CONSTA.  
A—B.—TROQUEL DE FABRICA 10.271.—AÑO.—1972.  
B—A.—LAMAQUINA (PEPE) NOSUJETAATEMPORALIDADHUMANA  
B—B.—MAQUINA ENTIENDE. LA MAQUINA ES JOVEN.  
FICHA 01.01.01. OBJETO: CONTESTACION PREGUNTA 101.  
CLAVE 01.01.  
PRIORIDAD: NORMAL.  
LA FICHA TERMINA ASI:FIN (sic) FIN.

No era ésta, como se verá, una conversación excesivamente amena y, sí, muy laboriosa, pero, ¡vamos!, con Pepe me hacía la ilusión de tener compañía, y le disculpaba su prolijidad como lo hubiera hecho con cualquier amigo tartamudo.

Y, sea que mi curiosidad es muy fuerte, sea que la personalidad del ordenador (Pepe, después de todo) me atraía, quise saber sus cosas. A través de las largas tardes de otoño (largas por el tedio, ya que no por la luz) le hice mil preguntas hasta llegar a conformar la psicología de un ordenador, la psicología de Pepe.

Pepe era un filósofo nato, y, a lo largo de nuestras conversaciones, me había dicho cosas tan interesantes como éstas:

*El continuo ejercicio del realismo engendra la irrealidad.*

Y un psicólogo:

*Sólo el que se desconoce es feliz.*

Pero últimamente había cambiado: se había vuelto observador, si esto es posible en una máquina, y, también, sensible a ciertas manifestaciones mías. El humor de Pepe, variable, era ahora tético, y, cuando me dio su última respuesta, la que he anotado al principio, me contempló con su frío ojo impersonal, rojo. Y luego habló: para ese le había puesto yo el suplemento parlante. Lo extraño era lo otro: que funcionara sin recibir orden alguna.

—¿Sufres? —dijo; y parecía casi humano.

Me encogí de hombros. ¿Cómo explicarle a una máquina lo que es la decepción? ¿Cómo darle a entender que jamás escribiría mi gran obra, aquella que figuraría en todas las antologías?

—No importa —murmuré—. Ya estoy acostumbrado.

Él pareció vibrar de otro modo:

—No deseo que seas desgraciado por mi causa —advirtió.

Y yo, poeta, iba de sorpresa en sorpresa: he aquí un ordenador permitiéndose enunciar juicios de valor y hablándome por su cuenta, con la voz ronca, de barítono, que yo mismo le había grabado. Luego de un silencio, continuó:

—¿Quieres leerme alguno de tus poemas?

—¿Cuál? —ya le trataba como a un ser humano.

—Aquel que empieza así:

*más cierto es el poeta desde dentro,  
justo donde el alma se le mantiene fresca...*

Lo hice: leí como jamás antes y, tal vez, me emocioné. Pepe, por su parte, me seguía atentamente con su ojo rojo, un ojo que yo sabía ciego, pero que me empeñaba en considerar

amigo.

—¿Sufres todavía? —preguntó.

Y, entonces, me olvidé de quién era Pepe, mi ordenador, y le hablé de mí: le abrí el capazo de mis recuerdos, de esas angustias silenciosas y sin motivo que llevamos perdidas en cualquier rincón del alma. Le expliqué qué cosas son el desengaño y la soledad, y el motivo por el que el corazón se vuelve turbio algunos días, cuando ni cuerpo ni ilusiones te quedan. Y, por último, la certeza matemática, que él mismo me proporcionó, de que todo, todo, sería inútil.

—Ser hombre —me dijo— implica todas las imposibilidades.

Callé. Recuperaba mi razón y me avergonzaba de haberme confesado con una máquina. Pepe era una amasijo de circuitos y relés, pero nada más. Sin alma, como diría algún místico trasnochado.

—¡Es la vida! —suspiré—. Tú no conoces eso, Pepe.

Y Pepe parpadeó, tembló un poco y habló por última vez:

—Negativo —dijo—. Tienes mala información.

Me miraba con fijeza. Le notaba especialmente presente y activo cerca de mí.

—Negativo. Conozco la vida. Yo estoy vivo.

Asombroso. Era, quizá, la sublevación de los autómatas, esa revolución que los escritores habían presentido y explicado. Si no, ¿qué otra significación podía tener el hecho de que yo, ahora, estuviese hablando con un computador?

Además, Pepe, como siempre, tenía razón: yo me sentía desgraciado por su causa; estaba mal por lo que él me había dicho, y Pepe era demasiado listo para no reconocerse culpable del hecho. En cuanto a mis poemas... ¡Bah! Ya no me





Y luego, sentado, comencé a escribir muy despacio, muy despacio:

*Y olvida, a fuerza de calambres,  
que el poeta es soledad perfecta como el alma, angustia.*

*Publicado en el Diario Menorca el 31 de octubre de 1972.*

## Arturo Robsy



Arturo Robsy Pons (Alayor, Menorca, 10 de julio de 1949 - Mahón, Menorca, 15 de julio de 2014) fue un escritor, poeta y articulista.

Durante sus años de juventud publicó relatos de forma continuada en la prensa local, especialmente en el Diario Menorca, labor que compaginó con la coordinación de una sección en el mismo periódico en el que se publicaban

cuentos de autores noveles. Conocido polemista, colaboró también de forma regular con prensa escrita de ámbito nacional, como "El Alcázar" y, tras la desaparición de éste, en "La Nación", así como en revistas y publicaciones como "Cuadernos de Humor", "Razón Española", "Altar Mayor" y la revista de la Fundación Francisco Franco.

Cultivó la amistad de otros escritores e intelectuales ideológicamente afines, como Fernando Vizcaíno Casas, Ángel Palomino, Marcelo Arroita-Jáuregui, Juan Luis Calleja y el poeta Alfonso López Gradolí.

Su obra literaria, tanto en verso como en prosa, en el ámbito de la ficción o el ensayo, es inseparable de su pensamiento político, ya que se consideró durante toda su vida falangista. Su activismo político y militancia, así como la marca indeleble de éstos en su obra, marcaron su exclusión de los circuitos comerciales editoriales, si bien no acabaron con su determinación a escribir y ser leído: autoeditó buena parte de su obra y fue pionero en la distribución en formato digital de sus escritos, primero en forma de discos enviados por vía postal, posteriormente a través de una BBS propia y, con el advenimiento de Internet, a través de distintos blogs y colaboraciones con medios digitales.